¡DOS FLORES!

(A D. Antonio Arzác)

La tarde llegaba á su fin, y los últimos resplandores del sol que se perdía en la inmensidad de los mares, formaban en el horizonte un tono gris pálido, ese color tan triste que deja el astro rey al despedirse hasta el nuevo día en los meses otoñales, imprimiendo en nosotros aquella vaga melancolía, que no sabemos descifrar si es grata ó desagradable, pero que nos conformamos á contemplarla como huella del vigoroso estío, en que los rayos solares parecían deslumbrarnos con brillantes luces de fundido oro.

Esas tardes parecen llamadas, más que otras, á las profundas meditaciones, y á ello ayuda la quietud y sosiego del crepúsculo vespertino. Entristecido el hombre, recordando la pasada exuberancia de la Naturaleza, establece comparaciones, y así como en el orden de la vida hallamos, si no satisfacción al menos consuelo cuando acontece una desgracia pensando que podía haber ocurrido otra mucho mayor, así también esas tardes de otoño con toda su indefinida tristeza y melancolía, son á veces consoladoras, pues mientras en ellas las plantas van entregando lentamente su existencia, puede adelantarse el rudo invierno, que, envolviendo todo en espesa niebla, arrastra las hojas y flores en confusión, formando luego un montón seco y estéril, que ha de ser calcinado en aquellos mismos campos, donde erguidas en su tallo y acariciadas mansamente por las auras, embalsamaban el ambiente con delicados perfumes....

En aquellas horas del crepúsculo vespertino, paseaban en una frondosa arboleda de una pintoresca villa de la costa cantábrica, Enrique y Emilia, y al mismo tiempo que delante de ellos veían correr en precipitada fuga las hojas, llevadas por el viento, exhalando dolorosas quejas al ser tan cruelmente impelidas hácia la muerte, Enrique co-

municaba á Emilia su inesperada partida y su viaje á través del Océano, haciendo no pocas lúgubres comparaciones con los objetos que en derredor veía y que tanto se prestaban á ellas, como si presintiese el funesto fin que á los dos esperaba, de aquel, para ellos, desagradable viaje.

Era Enrique de gallarda apostura. Siendo muy niño había quedado huérfano, por tanto era para él desconocida aquella atmósfera tierna y pura del hogar, saturada de besos y caricias en que otros niños se crían, y sólo conocía á su tío, quien le recogió al quedarse sin padres; mas teniendo éste que ir á Valparaiso (Chile) por negocios de minas, dejó aquella hermosa criatura en una casa de confianza, con cuyos moradores no estaba ligado por vínculos de sangre, ni por otro alguno, estando encargados de mantenerle é instruirle, merced á una cuota mensual que para tal objeto giraba su tío.

De inteligencia clara, tenía ya concluida su carrera de abogado, pero más que á ella se dedicaba á las letras y artes, escribiendo hermosísimos artículos, llenos de esa vaga poesía innata que tan bien sentaba en su carácter, artículos que le disputaban las revistas más renombradas, tanto por su valor literario, como porque siendo su autor de espíritu algo indolente y soñador, no eran muchos los que brotaban de su elegante pluma.

Era de gran corazón y bellísimos sentimientos. A veces el no criarse al calor del cariño de sus padres, es causa de la carencia de buenos sentimientos, pero en Enrique sucedía cosa muy distinta. Educado entre las frías máximas de personas ajenas á su familia, anhelaba un cariño sobrehumano, semidivino; las penas, llantos y dolores de un mendigo, de un desgraciado, herían hasta las fibras más delicadas su tierno corazón, y se desesperaba si no podía debidamente remediarlos.

Pero al mismo tiempo era un espíritu romántico y en ocasiones pesimista y lúgubre, como una oscura noche de invierno. Leía con entusiasmo los vibrantes y armoniosos versos de Espronceda y Zorrilla; unas veces, su noble corazón se sentía animado de las generosas cualidades de Ricardo en la novela de Castelar; otras veces le producía tedio el pícaro mundo, y hubiera querido matar más hombres que el D. Juan Tenorio, de Zorrilla, y se complacía en representar en su viva fantasia, como ciertos, tan trágicos cuadros; en ocasiones de triste melancolía, presentábase á sus ojos la sociedad con tan tétricos colores y tan enviciada, que discurría decididamente para sus adentros, que era

una ilusión perdida y hasta hacerla un alto honor el ocuparse de ella, y miraba extasiado al inmenso cielo, como queriendo descubrir algún enviado celeste, que destruyera de un soplo todo el planeta que habitamos; y en otras le parecía un deber sagrado el socorrerla, y la libertad, su amado ídolo, le fascinaba de tal manera, que por ella se sentía capaz de lanzarse á proclamarla como el soldado más arrojado y valiente. Él, en momentos de tremendo delirio en su exaltada fantasía, la representaba como una grandiosa figura, colocada á más altura que los hombres, resplandeciente, iluminada por millones de rayos y despidiendo luces en todas direcciones, ofuscando y aniquilando á sus verdugos, tiranos, hipócritas y malvados; quizá entre aquel resplandor que su imaginación forjaba, veía la redentora y divina faz de Jesucristo, símbolo sublime de la libertad, igualdad y fraternidad.

Enrique, en medio de sus tristezas y pesares, en medio de sus deseos no cumplidos, en medio de sus sueños irrealizables, tenía un consuelo, á falta de sus padres, tenía un angel con quien partir sus penas: este angel, este espíritu de bondad, era Emilia.

El, sublime y grande, su amor no podía ser menos, y quería con delirio á Emilia. Esta, mimada y acariciada por sus padres desde la cuna, no tenía tan triste idea de la vida, para ella era un hermoso jardín de dichas, un edén, un paraíso, una primavera con todas sus flores, con todos sus perfumes, con sus coros armoniosos de ruiseñores.

¡Qué belleza la suya! No contaba veinte Abriles y su rostro era más lindo que una hermosa aurora. De buena estatura y airoso andar, blanca su cara con un ligero rosicler, que parecía una sonrisa angelical, su nariz perfectísima, sus cejas negras y arqueadas, negras las pestañas y sus ojos brillantes irradiando luz pura. Entre sus labios, siempre entreabiertos, dejábase ver una hermosa dentadura blanca-azulada que prestaba nueva belleza á su faz.

Un rostro tan perfecto en sus detalles, lo había combinado la Naturaleza con tan maestra habilidad, había derramado tantas excelencias al formar aquel ser privilegiado, que su hermosura era tan inmensa ó más que por el mismo detalle, por lo feliz del conjunto, guardando cada una de las partes, perfecta armonía con las demás para formar un todo tan bello.

Como la dicha en la tierra, si se puede llamar así á unos momentos de alegría, dura poco tiempo, para aquellos dos amantes había ya pasado desde que Enrique anunció su repentino viaje. Aquella tarde

era la última y bien se conocía. Paseaban por una arboleda, juntamente con las hojas que el viento llevaba en una y otra dirección. Enrique, como hemos dicho, era romántico y lúgubre; aquella misma noche tenía que partir necesariamente y creía ya ver el resultado de tal jornada.

Llegaron á la estación y despidióse de Emilia cuando la hercúlea locomotora, anunciaba silbando su salida, brotando de su negra chimenea abundantes y espesos penachos de humo. Sus ojos eran un mar de lágrimas, y tal era su tristeza, que al arrancar el tren, y contemplar la última mirada de Emilia, en baja voz, creyendo que esta no le escuchaba, decía adios hasta la eternidad.

Enrique fué á Chile, llamado por su tío, para liquidar y arreglar algunos asuntos con objeto de volver á la patria.

Por donde quiera que dirigiese sus pasos la desgracia le perseguía. ¡Cuán desdichado fué en el nuevo país! ¡Cuántos sufrimientos y vicisitudes esperaban á aquel noble corazón!

Tan pronto llegó, encontróse con la trista nueva de que á su tío, á quien pensaba hallar opulento, hacía algunos días que le habían despojado de todos sus bienes y riquezas á causa de un mal negocio. Su casa, sus ricos muebles, sus rentas, todo, todo, pasó á manos de acreedores y usureros, no quedando á aquel pobre anciano más tesoro que la poca ropa que cubría su cuerpo de la intemperie atmosférica. ¡Qué tristezas empañaban el pobre corazón de Enrique!

Poco aficionado, ó mejor dicho, nada, á la vida de negocios, se resignó á emprender el viaje, porque le llamaba con insistencia la única persona de su sangre, á quien debía la educación recibida, y no poco le costó apartar los ojos de las queridas costas españolas y de Emilia, que tanto lloraba su ausencia

Al partir el tren, y sobre todo al echar á andar el vapor en el puerto con rumbo hácia afuera, creía faltarle ei aliento y destrozársele el corazón.

¡Qué rudo golpe fué aquel suceso para el tío de Enrique! Acostumbrado á vivir en cierra opulencia, ¿cómo se habituaría á hacer la vida, por el momento de pordiosero? ¿En qué laberinto de pesares iba á introducir á Enrique, cuando él imaginaba llegar al dintel de la dicha?

Todos estos y otros lúgubres pensamientos le tenían abrumado. Empezar la vida de trabajo rudo no le animaba, y no porque no tu-

viese capacidad y aliento para ello, sino porque aquel mar de tétricas ideas se lo impedía. Por eso su consuelo era la muerte, á la que en vez de con terror en ocasiones la esperaba con impaciencia; pero cuando el vértigo y la congoja parecían aproximarle á ella, sufría horriblemente, pensando en el porvenir de su querido sobrino.

Aquella lucha era harto ruda para soportarla un anciano. El dolor le ahogaba, las ideas más terribles tomaban figura real en su cerebro, la imaginación y la fantasía le representaban su estado más perentorio de lo que era, la cabeza parecía estallarle, la fiebre le abatía, el delirio le exaltaba, la frente ostentaba hondos surcos y entre el velo que en sus ojos formaban las pestañas entrecruzándose, bañadas por continuas lágrimas, veía escasamente los objetos que le rodeaban, el azul del firmamento, tan brillante, tan puro, tan tranquilo.... para todo el que tiene tranquilo el corazón y no le agitan las tempestades de penas y dolores....

Por fin sucumbió, y fué enterrado modestamente, siendo acompañado su féretro por escaso número de personas, á cuyo entierro, en otra ocasión, quizá hubiera ido todo Valparaiso. Tal sucede cuando de la riqueza y opulencia se baja, ó no sé si decir se sube, á la pobreza y humildad. Los mismos aduladores, quedan encargados de arrancar el último girón de sus bienes, y quizá el último girón de su honra, hundiendo al que decae en un eterno mar de pesadumbres hasta llegar á la muerte. ¡La muerte es igual, á ninguno desdeña y á todos acoge en su seno!...

¡Cuánto sufría Enrique! Sólo, en aquel país desconocido después de la muerte de su tío; sin amigos, sin personas queridas á quienes comunicar sus penas y sin una carta de Emilia, que pudiera darle un momento de consuelo.

Los sufrimientos de Enrique eran innumerables. En ratos de exaltado delirio, hacía frente á todas sus penas que á un mismo tiempo le acosaban; pero luego, aunque joven y arrogante, venía á caer en un cansancio espiritual y corporal, abrumado por tantas ideas.

Permanecer allí no era posible. Indispensablemente tenía que volver á su patria antes de agotar una escasa cantidad en metálico que le reservó su tío. El trance era terrible, pero inevitable; no podía con lo sucedido subsistir por más tiempo en tierra extraña y decidió su marcha.

Antes de emprender un viaje, es costumbre despedirse de los seres

más queridos ¿De quién iba á hacerlo Enrique? Un cadáver solo, desde su mortuorio lecho, reclamaba aquel último adios. Era su tío. Enrique así lo entendió y fué á la tumba de éste. Allí oró! ¡Cuánto le costó salir de aquel lugar! Parecíale que aquella misteriosa cruz claramente le decía: «no te vayas, no me dejes sólo en este país, sin nadie que me visite, sin nadie que derrame por mí una lágrima, sin nadie que rece por mi alma, confundido en este lecho con las tierras, con las únicas caricias de las auras y las flores silvestres!»

Efectivamente, cuanto más quería alejarse, más le llamaba aquella tumba solitaria; cuanto más hacía por olvidarla, más viva se presentaba a su imaginación

Cuando la vibrante sirena del vapor silvaba anunciando su salida, cuando el ligero y hermoso buque, ya en movimiento, balanceaba, cortando airoso las aguas, Enrique, que estaba inmóvil apoyado en la barandilla de cubierta, miraba extasiado hácia la tierra. ¡Ah! estaba allí la tumba de su tio, y la tumba también de aquellos generosos españoles conquistadores, estaba en aquellas fecundas, hermosas y poéticas tierras.

Así las contemplaba Enrique hasta que se perdieron con la distancia. Ya no quedaba más que el azulado y sublime firmamento arriba, y el cerúleo mar abajo .....
.....
.....

Tras varios días de hermosísima navegación, llegó Enrique á su pueblo de la costa Cantábrica. ¡Qué nuevos pesares aguardaban al pobre!

Era ya muy de noche cuando llegó á su pueblo natal, y lo primero que hizo fué preguntar con verdadera ansiedad por Emilia, de quien no había recibido cartas que tanto le hubiesen consolado. ¡Oh! Emilia murió, le dijeron. Era cierto; aquella inesperada partida, la tristeza de Enrique, aquel lastimero adios, la impresionó tan tristemente, que produjo una mortal melancolía, no interrumpida hasta que la muerte recibió en sus brazos aquella célica hermosura.

Enrique creyó que se moria de dolor. No encontró más consuelo que dirigirse al cementerio. ¡Qué quietud, que silencio imperaba en aquellas horas en tal lugar. Enrique creía fortalecerse y animarse, porque creía en su delirio hablar con su pobre Emilia. Todo era allí bello; las infinitas y doradas luces de las estrellas reflejaban sus más puros des-

tellos, la luna brillaba envuelta en resplandores amarillos y rojizos, cuvos sencillos rayos caían sobre las hojillas de los floridos árboles, formando un hermosísimo conjunto de reflejos verdes que iluminaban caprichosos la soledad de aquella blanca losa; el aura suave que mecía blandamente las hojas; el perfumado aroma de las nacientes flores, y el dulce recuerdo de quien en la tumba reposaba, hacían deliciosísima la estancia, y Enrique se perdía en infinitas meditaciones.

Mas ya se aproximaba la mañana, bella como todas las de primavera. El cementerio solitario, dispuesto á recibir las caricias del nuevo día. La luz bordeaba á lo lejos con los rojizos rayos de una bella aurora; la luna palidecía tibiamente; las estrellas iban desapareciendo del inmenso firmamento; los rojizos arreboles se apiñaban, agitándose, para recibir en triunfo al luminoso sol; el aura soplaba con la frescura de la mañana; las cristalinas fuentes susurraban; los canoros ruiseñores, en armoniosos coros, cantaban en la enramada ni descubrir la aurora su reluciente manto de púrpura y grana; y cuando entre sombras difusas mezcladas con ténues luces, comenzaban á divisarse débilmente los objetos de aquella tumba, que participaba de tan inmensa belleza, salió entre un delicado, vaporoso y diáfano tejido, iluminado por rayos de blanquísima luz, la imagen de Emilia, más pura, más linda, más sublime, más escultural y semi-divina que en la realidad, y al desvanecerse aquella grandiosa figura, oía Enrique una voz femenina, delicada y tierna, que le decía: «aquí te espero, en la eternidad!...»

Enrique quedó atónito, extasiado, efecto de la sublime alegría que le produjo la aparición. Su gallardo y hermoso rostro bañaba la brisa, su cuerpo perfumaban las flores, y aquel bellísimo día le acogió en su seno.

Así acabaron aquellos dos seres, adelantándose quizá al venir al mundo, á otra generación más dichosa y buena, correspondiente á los siglos venideros, alguna generación ideal más venturosa que la presente.

¡Dos flores!

MANUEL MUNOA.